

## RÓMULO MACCIÒ

### *Las vueltas del lápiz*

Según las últimas entrevistas que ha dado, Rómulo Macciò parece haberse ganado bien el mote de ser un hombre parco, alejado de las explicaciones, escueto en sus respuestas y huraño en sus pensamientos. Incluso en su juventud y temprana adultez, sus palabras eran tan cortantes que coqueteaban con el silencio. De los otros tres miembros de la Nueva Figuración, claramente su pintura era la menos desprolija, la más sombría y la menos juguetona. Sin embargo, los dibujos que se presentan en esta oportunidad, provenientes de la larga serie Choripzus, permiten hacer una relectura de la obra de Macciò sin empañar la seriedad que siempre tuvo su obra pero advirtiendo el germen de ciertas intenciones que, hasta el momento, parecían vedadas: la insolencia, la burla y la procacidad. De hecho, el “gesto curatorial” de ubicar los dibujos en la primera sala pareciera obedecer menos a pensarlos como bocetos u obras prologales que a una forma de señalarlos como una gran mueca burlona que se abalanza sobre sus pinturas y las cubre por entero.

Fiel a su carácter, el artista dijo casi nada sobre estos dibujos, obviamente: “Dentro de poco editaré un libro de dibujos. Se llamará Choripzus. Es una extraña mezcla de cosas. De ahí el nombre”. En esta displicencia por definirlos, sin embargo, radica lo que torna excéntrica a la serie. Para empezar, los dibujos van mutando de estilos: cargados, simples, realistas, delirantes. Al mismo tiempo parecen estar apuntando a grupos sociales distintos dentro del prisma de la observación social: algunos con tintes políticos, otros de mera observación cultural, bastantes referidos al circuito de las artes visuales, y unos cuantos con altos niveles de desvergüenza. Como si hubieran sido hechos por el conjunto de caricaturistas disímiles que rondaban por esos años.

Los dibujos de Choripzus pertenecen a una publicación editada en 1970 por Sudamericana que tiene sus cualidades coyunturales y sus excentricidades. Por un lado, no es tan disruptivo para aquellos años que un artista de la “alta cultura” haya buscado rimar con un tipo de producciones artísticas “bajas” a través de un diálogo con la caricatura y el humor gráfico. En el vapor hilarante de los años que rodean a Choripzus es posible encontrar la alta curva del éxito de Mafalda, la innumerable cantidad de revistas como Hortensia, Satiricón o Tía Vicenta (con Landrú a la cabeza), pero también entrecruzamientos con la política, en el caso del “Pequeño Lanusse Ilustrado” (1972) de Dalmiro Sáenz y el renombrado caricaturista francés Siné, con la intelectualidad, como la revista que Oscar Masotta empujó desde 1968 dedicada enteramente a la historieta, y cruces con las artes visuales como el libro “Una sociedad colonial avanzada” (1971) de Noé con ilustraciones de Quino, Oski, Lolo Amengual y el propio Macciò, entre otros. En la armonía musical del campo cultural parecía que con Choripzus Macciò estaba entonando los mismos objetivos, debates y estrategias. Sin embargo, son más sus excentricidades que sus coincidencias.

Está claro que para el momento en que Macciò produjo estos dibujos, el universo de la caricatura estaba rotando sin saberlo: abandonaba el siglo que la precedía, concentrada en intentar develar la psicología intrínseca del ser humano, para dedicarse a señalar que la humanidad, a través de sus recursivos roles sociales, ya se había convertido en una caricatura de sí misma, en una máscara constante sólo capaz de hacer cambios cosméticos. Quizás de ahí proviene esta insistencia de Macciò en sus pinturas por la máscara autonomizada, por la careta sin cuerpo, por las caras o figuras bidimensionales pacíficas en plena pose teatral. La combinación química de estos dibujos hace de Choripzus una dinamita indomable que tiene su potencial en tanto destructor de la seriedad y la languidez del postureo vacuo de una sociedad pero también de la propia pintura de Macciò, al extremo incluso de transformarlas en caricaturas de sí mismas.

Observar su modo sarcástico de escudriñar los tipos sociales, las costumbres de una época y algunos perfiles de la idiosincrasia nacional abre la puerta a pensar sus pinturas un poco más alejadas de la solemnidad con la que el propio artista las presentaba. Conociendo este grupo de dibujos desplazados, todas las pinturas de Macciò pueden ser leídas como caricaturas, como ironías condensadas de los conflictos existenciales de una época. Es que quizás el punto que puede reunir ambos paradigmas, el del humor de su dibujo y la seriedad de su pintura, esté justamente en el cinismo suspicaz de Macciò, esa desconfianza eterna en las normas sociales que define a una parte de nuestro ser nacional, ese filo brillante donde la agudeza es una moneda díscola suspendida en el aire que puede caer de cualquier lado: en la pintura o en el dibujo. La diferencia entre una y otra puede ser eficaz para pensar también las producciones artísticas contemporáneas de Buenos Aires: una larga línea de pintores y pintoras que explotan su irreverencia en los dibujos para después retenerlo en las pinturas que producen. La pintura es la máscara de la máscara, la demora eterna por develar “la sonrisa del alma sin dientes” que son los dibujos, como diría Alejo Ponce de León.

Hace casi un siglo atrás, Walter Benjamin observaba atentamente el nacimiento de Mickey Mouse y advertía, en el surgimiento de los dibujos animados, la complejidad de la risa en el concierto de bombardeos de la primera postguerra: “En sus edificios, en sus cuadros y en sus historias la humanidad se prepara a sobrevivir, si es preciso, a la cultura. Y, lo que es más importante, lo hace riéndose.” Entre las acrobacias ritmadas mediante las que apareció el fascismo en estos últimos cien años, la risa y la desvergüenza de las caricaturas pueden desestabilizar la pirueta del acróbata o reírse estúpidamente de sus firuletes: allá en la década del 30, acá en el neofascismo o en plena dictadura militar argentina.

Es cierto que Choripzus fue prohibido por el gobierno de facto dentro de su larga lista de publicaciones censuradas pero en principio es difícil determinar el potencial “subversivo” de estos dibujos al lado de tristes obviedades como las recopilaciones de Marx, las lecturas sobre el peronismo o incluso aquella literatura infantil que resultaba indudablemente liberadora. La censura de Choripzus parece parte de un gran chiste que devela la saña estúpida de la dictadura, un encarnizamiento que hoy llamamos crueldad en tiempos de renovada batalla cultural (como aquel mito que sobrevivió a aquellos años y que decía que los militares, en plena confusión, habían prohibido un libro de físico-química llamado La cuba electrolítica por sus posibles relaciones con el país revolucionario). Sin embargo, la propia heterogeneidad del conjunto de estos dibujos puede ser una clave para entender su peligrosidad, y ahí es donde radica su excentricidad.

En contra de las producciones de aquellos años, Choripzus es un tendal de dibujos sin programa, sin moraleja ni guía: es un scrolleo desalmado y canalla de estampas de la heterogeneidad reinante, tanto visual como idiosincrática, como si Macciò hubiera logrado condensar el mejunje en el que empezaba a consistir el universo de las imágenes y de la vida desde los años setentas, y que hoy celebramos en las redes sociales. Quizás por eso el prólogo del libro es una combinación juguetona de los títulos explosivos de los dibujos en su orden de aparición, combinados con artículos y preposiciones, armando un texto psicodélico que no le daba coherencia a nada porque nada la tenía, al menos para aquellos y aquellas que no se enrolaban en ninguna causa. En Choripzus Macciò asumió el caos pero encarnando la pluralidad confusa de voces que cuchichean en los balcones, viendo desde arriba a las hordas politizadas. El libro por momentos es pueril, luego socarrón, más adelante es divertido, para volver a ser ácido y casi irrespetuoso. Probablemente la certeza afilada de estos dibujos radica en su carácter de síntoma de la cultura argentina, en esa cualidad por haber condensado las carnes y las grasas mixturadas, especiadas y potentes que suceden al desventramiento descarnado de los delirios de una época. Los dibujos de Macciò son la carcajada muda de la mayoría silenciosa.